

RESILIENCIA EN TIEMPOS DE CAMBIO



Gonzalo de la Fuente de Val
Doctor en Biología
Universidad Autónoma
de Madrid
ESPAÑA



Vivimos tiempos de transformación profunda. Los paisajes del sur de Europa —aquellos que evocan olivares, terrazas agrícolas, pueblos encaramados en las laderas y extensos pinares— están cambiando a un ritmo inquietante. Cambia el clima, cambian las personas que los habitan (o los abandonan), cambian los usos del suelo. En medio de este torbellino de transiciones emerge una noción clave: la resiliencia.

Pero, ¿de qué hablamos realmente cuando decimos que un paisaje debe ser “resiliente”? ¿No se trata acaso de otra palabra de moda, como tantas que circulan en el discurso ambiental? Y, sobre todo, ¿cómo podemos saber si un territorio lo es o no? Estas preguntas, que a primera vista parecen teóricas, tienen implicaciones prácticas muy concretas: afectan cómo se gestionan los incendios, cómo se planifica el futuro del mundo rural y cómo se decide qué conservar, transformar o restaurar.

Lo socioecológico no es solo ecológico

La noción de paisaje socioecológico nos invita a superar la tradicional separación entre naturaleza y sociedad. No podemos comprender un ecosistema sin considerar también a las personas que lo habitan, lo trabajan, lo transitan y lo imaginan. Lo socioecológico implica que el suelo, los cultivos, el agua, los caminos, la memoria y la economía están interconectados. Por ello, la resiliencia —esa capacidad para absorber perturbaciones sin colapsar— no puede medirse únicamente con sensores o estadísticas climáticas. Requiere herramientas capaces de captar la complejidad y la interacción entre sistemas naturales y humanos.

En los últimos años han surgido enfoques más integrados para estudiar la resiliencia territorial. Algunos proceden de la ecología del paisaje, otros de las ciencias sociales, de la teledetección e incluso de la participación ciudadana. Lo relevante no es solo su origen, sino cómo las combinamos.

¿Cómo saber si un paisaje es resiliente?

No basta con atractivos y apacibles paisajes ni con datos de biodiversidad. Para evaluar la resiliencia de un paisaje, se requieren indicadores integrados que reflejen su complejidad:

- Ecológicos: cobertura vegetal, fragmentación del hábitat, conectividad, capacidad de carga ecológica, usos del suelo.
- Sociales: participación comunitaria, confianza en las instituciones, memoria ecológica, redes, normas.
- Económicos: diversidad de ingresos, viabilidad de prácticas tradicionales
- Culturales: saberes locales, vínculos con el paisaje, patrimonio intangible
- De gobernanza: existencia de planes adaptativos, redes de colaboración, acceso a información, capacidad institucional.
- Infraestructura: existencia de infraestructuras críticas, servicios básicos

A partir de estos indicadores, es posible construir lo que algunos investigadores denominan “índices compuestos de resiliencia territorial”. En la práctica, se recurre a metodologías como el Análisis de Componentes Principales (ACP), que permiten sintetizar múltiples variables en un único indicador, facilitando así la comparación entre diferentes territorios. Aunque no se trata de fórmulas cerradas, estos índices ofrecen criterios útiles para evaluar situaciones, establecer prioridades y orientar la toma de decisiones en contextos complejos. Más allá de su utilidad técnica, este enfoque promueve una concepción del territorio como un sistema dinámico y vivo, en constante transformación.

¿Y nosotros, qué podemos hacer?

Como investigadores, estudiantes o profesionales del territorio, el reto es aprender a mirar el paisaje desde múltiples perspectivas. No basta con dominar los SIG o interpretar imágenes satelitales. Hay que saber escuchar, mapear memorias, comprender narrativas locales. La resiliencia no se impone desde arriba: se construye con la gente, en los lugares. (<https://www.comunidadism.es/resiliencia-en-tiempos-de-cambio-nuevas-miradas-sobre-los-paisajes-del-sur-de-europa/>)